

de las ideologías, nada los autorizó a diferenciar una víctima de Kolyma, el campo de concentración descrito por Solzhenitsin, y un obrero muerto en accidente de trabajo. Los verdaderos déspotas disculparon así lo que tenían que incriminar.

Menos barbarie

En ese momento, los intelectuales dejaron de servir. Abandonaron su espacio de reflexión y su papel. Un papel que Bernard Henry Levy define a lo largo de su libro. El intelectual es, escribe, el debate, la trascendencia del saber, del concepto, de la ley. Es el otro. La preocupación del otro. Es la ilusión de un mundo donde prevalecerían los valores universales. El intelectual es la justicia, la razón. Es alguien que muestra el mundo en su complejidad. No es un individuo. Es una dimensión de la sociedad. Y una idea: que

vale la pena buscar la verdad, pues el intelectual está llamado a ser su testigo.

Finkelkraut y Henry Levy enjuician, sin embargo, el "compromiso" que ha ligado a los intelectuales con una causa. Hay en ese acto de comprometerse, dice Levy, "una formidables dosis de remordimiento, por no decir de arrepentimiento". Fue claro con los "compañeros de ruta" del partido comunista de los años 30. Avergonzados de su procedencia social "expiaron" su culpa poniéndose al servicio del "pueblo", del "partido" y del "proletariado". Aragon, Gide, Sartre —después de la guerra— estuvieron en ese caso. La derecha también tuvo sus incondicionales: Brasillach, Bardeche, Drieu la Rochelle.

En los años 70, la misma actitud produjo los mismos efectos. Peor: los intelectuales maoístas o troskistas llegaron tanto su condición que llegaron a instalarse en las fábricas. Para codearse mejor con los que pretendían representar. Olvidando que, según Foucault, el intelectual no debe dar consejos. Su misión es ofrecer una percepción amplia y espesa de la actualidad. Una visión que muestre dónde están las líneas de fragilidad, dónde los puntos fuertes a los que se aferra el poder y dónde esos poderes se han implantado.

Por eso al asociarse a otras causas, debe hacerlo con distancia. Sopesando, dice Henry Levy, toda las consecuencias que podrían resultar de esas decisiones. En el fondo, el intelectual no puede ser un incondicional. Ni un consejero de los que ejercen el poder. Menos aún una especie de monje que como Althusser —uno de los intelectuales del comunismo francés— que leía a Chateaubriand a escondidas por considerarlo un burgués. El intelectual de "tercer tipo" propuesto por Levy, tiene todo el mundo huyendo de él, menos barbarie ■



Aldous Huxley



Sartre dibujando "La causa del Pueblo"